

André Geiger  
*Le tour du monde des millionnaires*  
(*L'Intransigeant*, 15-9-1923)

Menton-Garavan (frontera de Italia), 1 septembre 1923.— He dejado Toulon, una especie de ciudad colonial donde todo el mundo viste de blanco... dejo los montes Maures, que el incendio acaba de devastar. En Saint-Aygulf, al otro lado de la bahía de Saint-Raphaël, la «villa Carolus» ya no existe. Llego, más allá de Menton, a este estrecho valle de Garavan, a pocos pasos de la frontera de Italia, que parece un gran oasis donde pueden crecer todos los árboles de los países cálidos.

En Fontana Rosa (la Fuente Rosa o la Fuente de las Rosas), Vicente Blasco Ibáñez, el gran novelista español, me concede el honor de atenderme. Este gran novelista «mundial», más bien. Y no entiendo simplemente esta palabra en el sentido banal que significa un escritor traducido y leído por cientos de miles de lectores, en todo tipo de idiomas, desde el inglés hasta el japonés. Blasco Ibáñez parecía otra cosa y más que eso.

Blasco Ibáñez es un «hombre nuevo», es decir, un hombre de la humanidad nueva para quien la tierra, reducida en extensión por los medios de comunicación, no es más que un solo país, sin distinción de naciones, ni siquiera de continentes.

\*\*\*

El gabinete de trabajo de Blasco Ibáñez (se sabe que Blasco es el apellido de su padre e Ibáñez, el de su madre): larga galería ordenada, nítida como un laboratorio, a pesar de los libros, de las estatuas (un busto de Victor Hugo que complacería al Sr. Paul Souday), fotografías de Pearl White y otras estrellas, desde los carteles publicitarios «muy americanos» que aseguraron la fortuna de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis...* y los millones del autor; el estudio de Blasco Ibáñez, enterrado bajo la sombra y los perfumes de palmeras, eucaliptos, naranjos traídos de su Valencia natal, buganvillas y adelfas; este gabinete de trabajo, donde el soplo perpetuo de un gran ventilador evoca el viento del mar, abre —moral e intelectualmente— sus numerosas y claras ventanas sobre el mundo, sobre el «vasto mundo» (como ha dicho el Sr. Pierre Mille). En su pijama púrpura, Blasco Ibáñez parece un poco exótico.

—Europa... es algo muy pequeño... Un rincón en el conjunto... Francia, Italia, España, Inglaterra, todo está en el mismo nivel para la América inmensa, que comienza de nuevo en mayor medida este Imperio Romano, donde Roma no era más que una pequeña pieza... donde un

emperador era español, otro africano, otro sirio... ¿Mi ciudad favorita? ¿Si es París?... ¡Pero si en el universo hay cincuenta ciudades que son grandes y magníficas!... Después del barón Haussmann, París fue la ciudad más bella, durante cincuenta... (Blasco Ibáñez se corrige), durante veinticinco años... Pero desde entonces...

(Estoy convencido de que el autor de *Sangre y arena* considera — como *L’Intransigent*— demasiado pequeñas nuestras estaciones)

\*\*\*

—Fui el primero en atacar a este histrión de Guillermo II. Me demandaron por desacato a la embajada alemana en Madrid... A algunos de sus generales, mucho antes de la guerra, les predije que la potencia germánica no vencería a los «mediterráneos». Si estos son a veces canallas... grandes bribones... (una inexpresable sonrisa de conquistador ilumina, con estas palabras, el rostro moreno del escritor que colonizó la Patagonia)... recordé que también se llamaron, en la historia, Aníbal, Napoleón, eran «alguien», ¿no le parece?...

—¿Y su viaje alrededor del mundo, anunciado para noviembre? ¿Una gira de conferencias?

—No, no: ¡simplemente un gran placer que soñaba desde hace mucho tiempo, la coronación de mi carrera, que finalmente puedo pagarme! (Blasco Ibáñez exhibe ahora una amplia sonrisa de triunfador sin ninguna falsa modestia). Es *la vuelta al mundo de los millonarios*, que sale de Nueva York llevando sobre un espléndido barco un grupo de pasajeros muy selectos, por seis meses... a un precio de 12 000 dólares, que ascenderá a 20 000 con los gastos accesorios... Al tipo de cambio, unos 300 000 francos...

¿Quién dijo que la literatura ya no alimenta a sus hombres de letras?

—Atravesaremos el Pacífico... Japón... Me esperan en la Universidad de Tokio, me quieren homenajear... mis obras se traducen en japonés... Pero prefiero los chinos. China tiene un futuro inmenso. Visitaremos Pekín, el desierto de Gobi... Birmania... la India, Ceilán... Desembarcaré, y me conducirán hasta Jartum, desde donde descenderé el Nilo hasta el Mediterráneo, para volver a bordo. Y admira el final del viaje...

Su mano se extiende hacia el «gran azul», el *Mare Nostrum*, que se entrevé entre los árboles del jardín de los callejones, adornados con lozas valencianas.

—En esta «vuelta al mundo de los millonarios», solo hay una parada prevista en Europa: es Montecarlo...

—¡Naturalmente!

—Así que me bajaré aquí tranquilamente, como en mi desembarcadero, dejando que los demás prosigan su camino de vuelta a Nueva York...

Más o menos despojados, sin duda, de sus millones. Mientras, Blasco Ibáñez, trabajador e incansable viajero, traerá de vuelta de su mayor incursión por la tierra unos tesoros más preciosos que el oro y las piedras de Golconda: la integridad de la vida total del globo, la previsión quizá de algunos de sus futuros destinos, en una palabra, este espíritu mundial, del que todavía es uno de sus raros representantes, si no el único, en las esferas intelectuales de nuestra venerable Europa...